

pequeño. Así es, que, á manera de Annibal, juramentado desde sus mocedades á combatir con los romanos, hallábase tambien él juramentado á combatir con los herejes y con los infieles. Veintidos años tenia cuando á las orillas del Danubio llamó la noble atencion del Emperador combatiendo furiosamente con los turcos. Y no tenia mas edad cuando ciego de amor, despues de haberlo tantas veces el odio cegado en los combates, cabalgó sin descanso durante diez y siete dias con diez y siete noches para ir desde Buda, la capital de los húngaros, á Madrid, la capital de los españoles, por ver un minuto á la señora de sus pensamientos. Lo mismo supo acometer con furia en las orillas del rio Elba que retirarse con cautela en las orillas del rio Rhin. Entre sus trofeos habia reliquias pertenecientes á los sultanes de Constantinopla y reliquias pertenecientes á los electores de Sajonia. Sus virtudes capitales fueron el valor y la paciencia; mientras sus capitales defectos fueron la crueldad y la avaricia. Este hombre tan valeroso y heróico se vió acusado de cobardía por la envidia, cuya venenosa sombra sigue siempre á la grandeza. Alto, seco, avellanado, pálido, estrecho el cráneo, largo el rostro, sus cabellos enortijados y su barba partida, delataban los descuidos del guerrillero, mientras el relampagueo centelleante de sus ojos concentrados y negros la costumbre del mando y del imperio. Si pocos sabian como él mandar; nadie sabia como él obedecer. Y cuando Felipe II lo manejaba con tanta facilidad á su arbitrio, bien puede asegurarse que manejaba un guerrero instrumento tan pesado y tan férreo y tan inerte como su maza de guerra.

Uno de los trágicos incidentes, que muestran mejor el proceder de Alba, es la prision de Horn y Egmont. Ni uno ni otro habian servido á la religion protestante; ni mucho menos deservido al rey Católico. Todo lo contrario; uno y otro estaban adscritos, por las sendas inspiraciones de sus conciencias y los sendos impulsos de sus voluntades, al régimen histórico. Egmont, especialmente, gracias á la índole de su complexion y á las tradiciones de su historia, pertenecia mas bien á los caballeros españoles que á los caballeros flamencos. Vencedor glorioso en las dos primeras guerras mantenidas por Felipe á su exaltacion al trono, libraba en estos timbres inolvidables la seguridad de un poder y de una influencia indecibles en la monarquía ilustrada por sus armas y ceñida por sus victorias. Así volvió de España mas realista

que el rey, creyéndose por todo extremo á sus gracias y á sus distinciones obligado. La única disidencia con el gobierno consistió en su repugnancia invencible al cardenal Granvela. Un príncipe de la guerra no podia tolerar en paz que le mandase á su arbitrio un príncipe de la Iglesia. Mas, aparte de disidencia tamaña, Egmont siempre se desligó de los reaccionarios, y se atuvo fielmente á los deberes contraídos por su nacimiento y por su fe con la religion y con el rey. Así, cuando el príncipe de Orange, persuadido por su alta inteligencia política de que jamás llegarían las Provincias Unidas y el gobierno católico á una inteligencia, antes bien á una guerra, conjuró con grandes instancias á Egmont para que le siguiese con todos los suyos á tierra de Alemania, Egmont no prestó asenso á sus temores; y fortalecido por el sentimiento de su inocencia y el recuerdo de su historia, se quedó con grande tranquilidad y confianza en Bruselas al amparo de sus privilegios y de sus derechos.

Nunca lo hubiera hecho. Cuantos conocian la política de aquel tiempo desconfiaban del rey Felipe II y de su ministro universal el duque de Alba. Poco antes de llegar este habia un noble portugués advertido á Egmont de los vientos que soplaban contra él en España. Como el magnate se burlase de tales apreciaciones, díjole con gracia el portugués que prefiriera, cuando tales cosas le anunciaran, el aire menos libre á la mas dorada jaula. Llegó el duque, y ningun síntoma indicaba la trama urdida contra el vencedor de San Quintin. Las fiestas menudearon con motivo de la llegada; y en todas se halló Egmont agasajado con las mas honrosas distinciones y con los mas ricos presentes. Su confianza, pues, creció y se pegó á su compañero el de Horn, amenazado tambien por las cábalas jesuíticas. Corria el 9 de setiembre; y daba el gran prior, D. Fernando, espléndido festin, al cual acudieron, como principales invitados, Horn y Egmont. El duque de Alba se mostró tan gentil que las músicas de los tercios encabezados principalmente por él llenaban de armonías el risueño festin. Acercábase la hora de los postres, cuando un delegado del duque se presentó á rogar á los magnates que pasasen á sus estancias despues de comer, á fin de consultarles con espacio los planos de la proyectada ciudadela de Amberes. El gran prior, sentado junto á Egmont, palideció con palidez mortal, mientras hablaba el emisario de Alba;

y una vez partido, inclinó la cabeza con recelo para decir con brevedad á su comensal que tomara lo mas pronto posible un caballo y corriera sin detenerse un minuto en requerimiento y busca de seguro asilo extranjero. Egmont, valiente y confiado como todos los héroes, desoyó la providencial advertencia, y se fué al palacio habitado por Alba. Prendiéronle como hemos dicho poco despues del Consejo, y lo encerraron en sala completamente cubierta de negro, guardada por soldados españoles mudos y rígidos como estatuas, y envuelta en tanto silencio y misterio que parecia el interior de un catafalco y la entraña de un sepulcro. Igual suerte cupo, y una habitacion idéntica en aquel palacio, al buen conde de Horn. Allí pasaron desde su arresto en 9 de setiembre hasta su traslacion al castillo de Gante once días despues. Pocas veces se ha dado un golpe tan alto, ni ha seguido á este golpe una consternacion tan general.

Así procedía el tribunal de sangre organizado por las inflexibles iras del duque de Alba. Era este tribunal una especie de inquisicion civil y lo animaba el terrible y siniestro Juan de Vargas, ejecutor de los mandatos y de las disposiciones del duque. Pocos hombres tan carniceros como tal inquisidor laico. No busca la hiena el cadáver con la furia que buscaba el Vargas á sus víctimas. Jamás la compasion entró en su alma. Cebábase en los mártires entre sus garras caidos, como el milano en la triste avecilla que acaba de cazar al vuelo. Divertíase con las crueldades inauditas de la persecucion, y los dolores horribles de los perseguidos. Cuando los miembros de unos se deshacian en los potros del tormento, y las cabezas de otros rodaban sobre las tablas del cadalso, aquella perversa índole suya despedía gracias feroces y lanzaba carcajadas epilépticas. Ignorante de las lenguas de las Provincias Unidas, salía de apuros con cierto latin macarrónico hispanizado, y tan detestable por su analogía como por su sintáxis. Así usaba el verbo *patibulare* contra todos los acusados á quienes deseaba ver en la picota y en la horca tan desgarrados por lo menos como el latin recién salido de su cabeza. Contábase que algunos de aquellos jueces apenas oían cualquiera acusacion mas ó menos fundada contra los revolucionarios flamencos, pronunciaban esta terrible frase: «ad patibulum.» Así cayó sobre las Provincias Unidas un océano de sangre, dentro del cual se ahogaron los mismos que con sus crueldades lo habían vertido.

Una sentencia de muerte se dió entonces contra todo un pueblo. El nuevo ideal religioso, ya por la proximidad de los pueblos flamencos á su origen y oriente; ya por otras circunstancias de igual valor, se apoderó de innumerables inteligencias, transformadas y enardecidas por la nueva fe. Condenar á todos los que profesaban el dogma nuevo á muerte ¡oh! equivalía en el fondo á condenar las poblaciones en masa. De suerte, que los arados se pararon en los surcos, las naves huyeron de los puertos, el comercio paralizó la circulacion de sus productos, las desolaciones de comarcas enteras vinieron tras todas estas calamidades; y la verde Holanda cayó envuelta en los pliegues de fúnebres sudarios. Alba comprendió que no podía exterminar todas aquellas muchedumbres anónimas, y que necesitaba herirlas en su principal representacion y en sus mas altas cabezas. De aquí la prision de los condes de Horn y Egmont seguida por los decretos de comparecencia y acusacion lanzados contra Guillermo de Orange y Luis de Nassau. Ninguna consideracion humana detenía despues de tales temeridades á los fautores del universal terror. Los condes presos pertenecian á la órden del Toison de oro; y los caballeros de tal órden estaban exentados de toda jurisdiccion que no fuese la jurisdiccion de sus pares. Presentaron los cautivos esta excepcion, y no quisieron sus verdugos entenderla, fundándose con sin razon manifiesta en que habia sido derogado el código antiguo por los caprichos y voluntariedades del nuevo monarca. En su horrible latin de convencion, Vargas contestaba con las siguientes macarrónicas palabras á todas las excepciones aducidas contra el tribunal de la sangre: *Non curamos privilegios vestros*. Europa entera se dirigió á Felipe II, intercediendo por las víctimas del duque de Alba. Su primo el emperador de Alemania y su aliado el duque de Baviera, dirigiéronle carta sobre carta en demanda bien apremiante de aquellas dos gloriosas vidas, amenazadas por horrible muerte. La condesa de Egmont, que habia tenido hasta once hijos del conde, en largo y feliz matrimonio, arrojábase á las plantas de todos aquellos jueces implacables y de todos aquellos tiranos inflexibles, los cuales no se movian á su llanto y á su dolor, cada vez mas trágicos. Hija del Elector Palatino, princesa de sangre real, enlazada y unida por muchos lazos con los tronos europeos, evocó los recuerdos que mas podian conmover á Felipe II, y buscó las intercesiones que mas podian persuadirle

á la misericordia y al perdon. Pero todo en vano. El sepulcro no devora sus cadáveres con la indiferencia con que devoraba Felipe II sus víctimas.

Las actas de acusacion feroz contra Egmont y Horn se publicaron por mera fórmula, y las defensas y excusas se oyeron por mera consideracion á la conciencia universal, interesada en mantener ciertas formas de justicia y de procedimiento. Pero Alba tenia un papel en blanco firmado por el rey Felipe, sobre cuya firma podia poner cuantas sentencias le pluguiese. Así entre las incidencias del proceso estallan las sublevaciones y los levantamientos; y á la cabeza de toda esta grandiosa erupcion del espíritu público se alza el conde Luis de Nassau, quien penetra con ardor y con resolucion sublevado, en Frisia. Corren las fuerzas realistas mandadas por el conde AreMBERG á contrastar las fuerzas populares mandadas por Nassau; y pierden aquellas en el campo de Heiliger una sangrienta batalla. La ira del duque no tuvo ya límites; y la muerte de Horn y Egmont no podia despues de aquel suceso tardar mucho. Sus sentencias, condenándolos á descabezamiento por rebeldes al monarca y traidores á la Iglesia, se publicó en seguida. Súpola el obispo de Ipres por notificacion del duque de Alba, quien le ordenara comunicarla personalmente á los dos reos, y cayendo de hinojos á las plantas del inflexible justiciero, pidió que le alzara de tan terrible trance, concediendo el perdon á los ilustres reos. En ídolo de bronce no estuviera mas sordo á los clamores, ni mas frio é indiferente á las amargas lágrimas, que aquel duque de Alba. Cuando el prelado, con los ojos fuera de las órbitas, las manos plegadas, los nervios temblorosos, las rodillas en tierra, pedia misericordia, el duque le reprochaba con crueldad el haber ido allí á expresar súplicas con olvido completo de que le habian citado para cumplir tremendas é irrevocables resoluciones. Confesor de los reos, no tenia para qué traspasar este reducido ministerio, y elevarse á consejero del Regente. Dejar la régia cámara é ir á la triste prision: tales eran sus deberes estrictos, recordados por el Regente con una severidad inflexible de accion y de palabra. El obispo, penetrado profundamente de la inutilidad de sus esfuerzos, quitó los ojos suplicantes del rostro de su interlocutor y las rodillas de sus plantas, para irse á cumplir el horrible y siniestro ministerio, confiado á su corazon bondadoso por la crueldad triunfante.

Eran las once de la noche. Hallábase alojado Egmont en el piso segundo

del cuartel de los arcabuceros; y acababa de meterse en cama, cuando entró el obispo. Las demudadas facciones del emisario revelaron al prisionero su tristísima suerte. Los ojos de uno preguntaron á los ojos del otro, ya que la voz, como en todas las grandes emociones, rehuia de suyo el expresar los trágicos afectos en aquellos últimos instantes. Ipres entregó á Egmont el fatal papel donde se hallaba escrita la sentencia, dejando así al duque la responsabilidad abrumadora de la cruel notificacion. Egmont la leyó del principio al fin con la serenidad propia de su elevado ánimo; y al concluir, demostró mas bien la extrañeza por aquella injusticia que la cólera ó la ira por su inapelable perdicion. Seguidamente la naturaleza recobró todos sus derechos y ejerció todo su imperio, evocando las personas amadas para quienes se desea solamente la vida en los trances próximos á la muerte. ¡Ay! La esposa, los hijos, los deudos aparecieron á sus ojos y le turbaron en su serenidad. Efectivamente, si entonces su mirar penetrara las pesadas paredes que le separaban del mundo, viera la jóven princesa, con quien compartió la vida, heredera de tantas glorias, emparentada con tantos reyes, nieta de Césares, arrastrarse de rodillas, envuelta en los anticipados lutos de su viudez, pidiendo con esas frases inspiradas por el amor á una esposa y á una madre, la vida preciosísima de aquel héroe, sin cuya compañía no deseaba la infeliz ni vivir un minuto mas sobre la tierra.

Las naturalezas inclinadas al optimismo no se persuaden jamás de la realidad viva del dolor, ni al sentirlo mas acerbamente. La conciencia de aquel gran general se reconocia tan irreprochable que no alcanzaba cómo podian caer el duque y el monarca, dos hombres extraordinarios, en tamaña injusticia. Así que tal consideracion le asaltaba la mente, surgia la esperanza en el pecho, engañándole con sus mentidas ilusiones. La brevedad misma puesta entre la notificacion del terrible juicio á las once de la noche y su ejecucion á las doce de la mañana siguiente inspirábanle una postrera confianza en misericordioso y apercibido perdon. Su inocencia, como le ocupaba por completo la mente, le salia por los labios á borbotones y protestaba de incontrastable adhesion al rey de su patria y al culto de sus mayores. Tal protesta dignísima tenia en su frase acentos heróicos de abnegacion por su misma increíble sinceridad y firmeza no desvanecidas ni un momento á las crueldades